

—¡Qué lista es la *señora* de Nucingen!— se dijo el barón cuando su mujer le dejó solo.

Pero cuanto más admiró el banquero la astucia del consejo que la baronesa acababa de darle, menos adivinaba la manera de servirse de él; y no sólo se encontraba estúpido, sino que se lo decía á sí mismo.

La estupidez del hombre de dinero, aunque convertida casi en proverbial, no es, sin embargo, más que relativa. Hay facultades de nuestro espíritu como aptitudes de nuestro cuerpo. El bailarín tiene la fuerza en los pies, el herrero en los brazos; el fuerte del mercado se ejercita llevando fardos, el cantante trabaja su laringe, y el pianista cimenta el puño. Un banquero se acostumbra á combinar los negocios, á estudiarlos, á hacer moverse los intereses, como un autor de comedias se adiestra en combinar las situaciones, estudiar los asuntos y mover los personajes. No se puede pedir al barón de Nucingen el espíritu de conversación, lo mismo que no se puede exigir las imágenes del poeta al entendimiento del matemático. ¡Cuántos poetas se encuentran por época, que sean prosistas ó ingeniosos en el comercio de la vida, al modo de la señora Cornuel! Buffon era pesado, Newton no amó nunca, lord Byron no se amó más que á sí mismo, Rousseau fué sombrío y casi loco, la Fontaine era distraído. Igualmente distribuida, la fuerza humana produce los estúpidos, ó la mediocria por todas partes; desigual, engendra esos disparates á los cuales se les da el nombre de *genio*, y que, si fueran visibles, parecerían deformidades. La misma ley rige el cuerpo: una belleza perfecta va casi siempre acompañada de frialdad ó de estupidez. Que Pascal sea á la vez un gran geómetra y un gran escritor, que Beaumarchais sea un gran hombre de negocios, que Zamet sea un profundo cortesano; estas raras excepciones confirman el principio de la especialidad de las inteligencias. En la esfera de los cálculos especulativos, el banquero despliega, pues, tanta inteligencia, maña, astucia y cualidades, como un hábil diplomático en los intereses nacionales. Si un banquero fuese notable fuera de su despacho, sería un gran hombre. Nucingen, multiplicado por el príncipe de Ligne, por Mazarino ó por Diderot, es una fórmula humana casi imposible, y que, sin embargo, se ha llamado Pericles, Aristóteles, Voltaire y Napoleón. El rayo del sol imperial no debe perjudicar al hombre privado; el emperador tenía encanto, era instruido y

ocurrente. El señor de Nucingen, puramente banquero, sin ninguna inventiva fuera de sus cálculos, como la mayor parte de los banqueros, no creía más que en los valores ciertos. En materia de arte, tenía el buen sentido de recurrir con el oro en la mano á los expertos en toda materia, tomando el mejor arquitecto, el mejor cirujano, el más conocedor en cuadros y en estatuas, el procurador más hábil, cuando se trataba de construir una casa, de cuidar su salud, de una adquisición de curiosidades ó de un terreno. Pero como no existe experto jurado para las intrigas ni conocedor en pasiones, un banquero es guiado mal cuando ama, y se ve muy apurado en el manejo de su mujer. Nucingen no inventó, pues, nada mejor que lo que ya había hecho: dar dinero á un Frontín cualquiera, macho ó hembra, para obrar y pensar en su lugar. Sólo la señora Saint-Esteve podía explotar el remedio encontrado por la baronesa. El barón sintió muy amargamente haber reñido con la odiosa revendedora de trajes. No obstante, confiando en el magnetismo de su caja y en los calmantes firmados *Garat*, llamó á su ayuda de cámara y le dijo que se informase, en la calle Neuve Saint-Marc, de aquella horrible viuda, y le rogara que fuese á verlo. En París, los extremos se tocan por las pasiones. El vicio solda perpetuamente el rico al pobre, el grande al pequeño. La emperatriz consulta á la señorita Lenormand. Finalmente, el gran señor encuentra siempre un Ramponneau de siglo en siglo.

El nuevo ayuda de cámara volvió dos horas después.

—Señor barón— le dijo,—la señora Saint-Esteve está arruinada.

—¡Ah! ¡mejor!— dijo el barón alegremente — ¡ya la tengo!

—Según parece, la buena mujer es un poco jugadora— repuso el criado.—Además, está dominada por un comiquillo de los teatros de las afueras, al cual, por decencia, hace pasar por su hijastro. Parece que es una cocinera excelente, y busca colocación.

—Esos diablos de genios *subaltegno*s tienen todos diez *manegas* de *ganag dinego*, y doce *manegas* de *gastaglo*—se dijo el barón sin sospechar que se las había con Panurgo.

Envió á su criado en busca de la señora Saint-Esteve, que no se presentó hasta el día siguiente. Interrogado por Asia, el nuevo ayuda de cámara explicó á aquel espía femenino

los terribles resultados de las cartas escritas por la querida del señor barón.

—El señor debe amar mucho á esa mujer—dijo el ayuda de cámara para terminar,—pues ha estado á punto de morir. Yo le aconsejaba que no volviese, y se vería en seguida acariciado. ¡Una mujer que ya le cuesta al barón quinientos mil francos, según dicen, sin contar lo que acaba de gastar en el palacio de la calle Saint-Georges!... Pero esa mujer quiere dinero, y nada más que dinero. Al salir de la habitación del señor, la señora baronesa decía riendo: «Si esto continúa, esa joven me dejará viuda».

—¡Diablo!—respondió Asia—es preciso no matar nunca la gallina de los huevos de oro.

—El señor barón no confía ya más que en usted—dijo el criado.

—¡Oh! es que yo sé manejar las mujeres.

—Vamos, entre usted—dijo el criado humillándose ante aquel poder oculto.

—Bueno—dijo la falsa Saint-Esteve entrando con aire humilde en la habitación del enfermo,—¿el señor barón sufre algunas contrariedades?... ¡Qué quiere usted! todo el mundo se ve atacado por su lado débil. Yo también he tenido desgracias. En dos meses la rueda de la fortuna ha rodado muy mal para mí. Ahora busco colocación... No hemos sido razonables ni uno ni otro. Si el señor barón quisiera colocarme en calidad de cocinera en casa de la señora Ester, tendría en mí la más abnegada de las servidoras, y le sería muy útil para vigilar á Eugenia y á la señora.

—No se trata de eso—dijo el barón.—No puedo *conseguir seg* el amo, y soy conducido como...

—Una peonza—repuso Asia.—Usted ha hecho andar á los demás, papá, la pequeña le tiene cogido y le zarandea... El cielo es justo.

—¿Justo?—repuso el barón.—No la he hecho *venig paga oig mogal*...

—¡Bah! hijo mío, un poco de moral no daña. Es la sal de la vida para nosotros, como el vicio para los devotos. Vamos á ver, ¿ha sido usted generoso? ¿Ha pagado usted sus deudas?...

—Sí—dijo lastimosamente el barón.

—Está bien. Ha desempeñado usted sus efectos, mejor aun; pero, convenga usted en ello, eso no es bastante; eso no

puede hacerla reír aun, y á esas criaturas les gusta brillar.

—Le *prepago* una *sogpresa*, en la calle Saint-Georges... Ella lo sabe...—dijo el barón.—*Pego* no *quiego seg* un tonto.

—Pues bueno, déjela...

—Temo que ella me deje *magchag*—exclamó el barón.

—Y tenemos mucho cariño al dinero, hijo mío—respondió Asia.—Escuche; usted ha sacado varios millones al público, pequeño mío. Dicen que posee usted veinticinco.—El barón no pudo menos de sonreír.—Pues bien, es preciso soltar uno...

—Yo lo *soltagua*—respondió el barón,—*pego* tan pronto como lo haya soltado, me *pedigán* otro...

—Sí, comprendo—respondió Asia,—no quiere usted decir *B* por temor de llegar hasta la *Z*. Sin embargo, Ester es una muchacha honrada.

—¡Una joven muy *hongada*!—exclamó el banquero—ella puede *escusagse*, *pego* como se trata de una deuda...

—En fin, ella no quiere ser su querida, siente repugnancia. Y yo lo concibo, porque la niña ha obedecido siempre á sus caprichos. Cuando no se ha conocido más que jóvenes encantadores, se preocupa una poco de un anciano... Usted no es hermoso; es usted gordo como Luis XVIII, y algo estúpido, como todos los que acarician la fortuna en vez de ocuparse de las mujeres. Pues bien, si no mira usted seiscientos mil francos—dijo Asia,—yo me encargo de convertirla para usted en todo lo que usted quiera.

—¡Seiscientos mil francos!...—exclamó el barón dando un ligero salto.—*Esteg* me cuesta ya un millón...

—La felicidad bien vale seiscientos mil francos, gran corrompido. Usted conoce hombres que seguramente se han comido más de uno y de dos millones con sus queridas. Yo conozco mujeres que han costado hasta la vida, y por las que se ha escupido la cabeza en un cesto. ¿No ha oído usted hablar de ese médico que ha envenenado á su amigo?... quería su fortuna para hacer la felicidad de una mujer.

—Sí, ya lo sé, *pego* si estoy *enamogado*, no soy tonto, aquí al menos, pues cuando la veo, le *dagula* mi *cagtega*...

—Escuche usted, señor barón—dijo Asia tomando una actitud de Semíramis,—ha sido usted engañado. Tan cierto como me llamo Saint-Esteve, en el comercio, se entiende, le juro que tomé su partido.

—Bueno, te *indemnizagué*...

—Lo creo, pues le he demostrado que sé vengarme. Por otra parte, sépalo usted, papá—le dijo dirigiéndole una mirada horrible,—tengo en mi mano los medios de soplarle la señora Ester como se sopla una candela. ¡Y conozco á mi mujer! Cuando la picaruela le haya hecho feliz, le será más necesaria aun que lo es en este momento. Me ha pagado usted bien, se ha hecho tirar de la oreja, pero al fin ha negociado. Yo he cumplido mis compromisos, ¿verdad? Pues bien, mire, voy á proponerle un negocio.

—Veamos.

—Usted me coloca de cocinera en casa de la señora, me toma por diez años, tengo mil francos de soldad, y me adelanta los últimos cinco años (¿qué es un ochavo para Dios?) Una vez en casa de la señora, sabré determinarla á las concesiones siguientes. Por ejemplo, le enviará un vestido delicioso de casa de la señora Augusta, que conoce los gustos y las hechuras de la señora, y da usted orden de que el nuevo equipo esté en la puerta á las cuatro de la tarde. Después de la Bolsa, sube usted á su casa, y se van á dar un paseito por el bosque de Bolonia. Pues bien, esa mujer dice de ese modo que es su querida, se compromete á la vista de todo París... Cien mil francos... Comerá usted con ella (yo sé hacer comidas de esas); la lleva usted al teatro, á los Varietés, al proscenio, y todo París dice entonces: «Ahí está ese viejo filón de Nucingen con su querida...» Es halagüeño hacer creer eso. Todas esas ventajas, soy buena mujer, van comprendidas en los primeros cien mil francos... En ocho días, conduciéndose de ese modo, habrá adelantado usted mucho camino.

—Habré pagado cien mil francos.

—En la segunda semana—continuó Asia fingiendo no haber oído aquella lastimosa frase,—la señora se decidirá, empujada por estos preliminares, á dejar su habitación y á instalarse en el palacio que usted le ofrece. Su Ester ha vuelto á ver el mundo, ha encontrado á sus antiguos amigos, querrá brillar, hará los honores de su palacio... Esto está en el orden... ¡Cien mil francos más! ¡Diantre! está usted en su casa... Ester está comprometida, es de usted. Queda una bagatela que para usted es lo principal, ¡viejo elefante! (¡Qué ojos pone este gran monstruo!) Pues bueno, yo me encargo de ello. Cuatrocientos mil francos... ¡Ah! querido mío, esos no los soltarás hasta el día siguiente... ¿Es esto honra-

dez?... Yo tengo más confianza en ti que tú en mí. Si decido á la señora á mostrarse como querida, á comprometerse, á tomar todo lo que usted le ofrezca, y puede que sea hoy, me creará usted capaz de conducirla á que le abra el pasaje del gran San Bernardo. ¡Y esto es muy difícil!... Hay ahí, para hacer pasar su artillería, tanta distancia como para el primer consúl en los Alpes.

—¿Y *pog* qué?

—Tiene el corazón lleno de amor, *razibus*, como dicen ustedes los que saben latín—repuso Asia.—Se cree una reina de Saba porque se ha lavado en los sacrificios que ha hecho á su amante... una idea que se mete en la cabeza de esas mujeres. ¡Ah! pequeño mío, es preciso ser justo, ¡eso es hermoso! Esa farsante moriría de pena si perteneciese á usted; no me asombraría; pero lo que me tranquiliza, se lo digo para animarle, es que hay en ella un buen fondo de joven.

—Tienes—le dijo el barón, que escuchaba á Asia con profundo silencio y admiración—el genio de la *cogupción* como yo tengo el *chic* de la Banca.

—¿Está dicho, pichón mío?—repuso Asia.

—¡Vaya, *pog* cincuenta mil francos en vez de cien mil!... Y *daqué* ciento cincuenta mil al día siguiente de mi triunfo.

—Bueno, me voy á trabajar—respondió Asia.—Ya puede usted venir—repuso con respeto.—El SEÑOR encontrará á la SEÑORA suave como un guante, y tal vez dispuesta á agradarle.

—Anda, anda, *queguida* mía—dijo el banquero frotándose las manos.

Y después de haber sonreído á aquella horrible mulata, se dijo:

—¡Qué *gazón* tiene uno en *teneg* mucho *dinego*!

Y saltó fuera de la cama, fué á sus oficinas y volvió á coger el manejo de sus negocios, con el corazón alegre.

Nada podía ser más funesto á Ester que el partido tomado por Nucingen. La pobre libertina defendía su vida defendiéndose contra la infidelidad. Carlos llamaba *azmoñismo* á aquella defensa tan natural. Ahora bien, Asia fué, no sin emplear las precauciones usadas en semejantes casos, á dar cuenta á Carlos de la conferencia que acababa de tener con el barón y todo el partido que habla sacado de ella. La cólera de aquel hombre fué, como él, terrible; corrió al instante en coche, con las cortinillas echadas, á casa de

Ester, haciendo entrar el coche en el portal. Pálido aún cuando entró, aquel doble falsario se presentó ante la pobre joven; ella le miró de pie, y cayó sobre un sofá, con las piernas como rotas.

—¿Qué tiene usted, señor?—le preguntó estremeciéndose todos sus miembros.

—Déjenos usted, Europa—dijo Carlos á la camarera.

Ester miró á aquella muchacha como un niño hubiera mirado á su madre, de quien un asesino la separaba antes de matarla.

—¿Sabe usted dónde enviará á Luciano?—repuso cuando se encontraron solos.

—¿Dónde?—preguntó ella con voz débil atreviéndose á mirar á aquel hombre.

—Allí de donde yo vengo, ahaja mía.

Ester lo vió todo rojo al mirar á aquel hombre.

—A galeras—añadió en voz baja.

Ester cerró los ojos, sus piernas se estiraron, sus brazos colgaron, se tornó lívida. El hombre llamó, y Prudencia acudió.

—Hazle recobrar el conocimiento—dijo fríamente,—aun no he acabado.

Y mientras esperaba, se paseó por el salón. Prudencia-Europa se vió obligada á ir á rogar al señor que llevase á Ester á su cama; Carlos la tomó en sus brazos con una facilidad que probaba su fuerza atlética. Fué preciso ir á buscar lo que la farmacia tiene más violento, para hacer volver en sí á Ester. Una hora después, la pobre joven estaba en estado de escuchar aquella pesadilla viviente, sentado á los pies de su cama y la mirada fija y reluciente como dos chorros de plomo derretido.

—Corazón mío—repuso,—Luciano se encuentra entre una vida espléndida, honrada, digna, feliz, y el agujero lleno de agua de limo y guijarros donde iba á arrojarse cuando lo encontré. La casa de Grandlieu le exige una tierra de un millón antes de obtenerle el título de marqués y de tenderle esa gran percha llamada Clotilde. Gracias á nosotros dos, Luciano acaba de adquirir la casa solariega materna, el viejo castillo de Rubempré, que no ha costado gran cosa, treinta mil francos; pero su procurador, por medio de afortunadas negociaciones, ha acabado por reunir un millón de propiedad, sobre la cual se han pagado ya

trescientos mil francos. El castillo, los gastos, los premios de los que han servido de pantalla para disfrazar las operaciones á los ojos de la gente del país, han absorbido lo demás. Es verdad que tenemos cien mil francos en negocios, los cuales, dentro de dos ó tres meses, valdrán doscientos ó trescientos mil francos; pero siempre quedarán cuatrocientos mil francos que pagar... Dentro de tres días, Luciano vuelve de Angulema, adonde ha ido, pues no debe ser tachado de haber encontrado su fortuna cardando los colchones de usted...

—¡Oh! no—dijo ella levantando los ojos con un movimiento sublime.

—Ahora le pregunto, es este el momento de asustar al barón—dijo tranquilamente,—y ha estado usted á punto de matarle anteayer! Se desmayó como una mujer al leer su segunda carta. Ha empleado usted un estilo orgulloso, por lo que la felicito. Si el barón hubiera muerto, ¿qué sería de nosotros? Cuando Luciano salga de Santo Tomás de Aquino yerno del duque de Grandlieu, si quiere usted tirarse al Sena... mire, amor mío, le ofrezco mi mano para chapuzarnos juntos. Esa es una manera de acabar. Pero reflexione usted un poco. ¿No sería preferible vivir diciéndose á cada instante: «Esa brillante fortuna, esa familia feliz...» pues tendrá hijos... ¡hijos!... ¿ha pensado usted nunca en el placer de pasar sus manos por los cabellos de sus hijos?—Ester cerró los ojos y se estremeció dulcemente.—Pues bien, al ver el edificio de esa felicidad, uno se dice: «¡He ahí mi obra!»

Hubo una pausa, durante la cual aquellos dos seres se miraron.

—He ahí lo que he intentado hacer de una desesperación que se arrojaba al agua—repuso Carlos.—¿Soy un egoísta? ¡Así es como se ama! Uno no se sacrifica así más que para los reyes, y yo he consagrado rey á Luciano. Aunque me soldaran para el resto de mis días á mi antigua cadena, me parece que permanecería tranquilo diciéndome: «El está en el baile, él está en la corte». Mi alma y mi pensamiento triunfarían, mientras mis harapos eran entregados á los sotacómitres. Usted es una hembra miserable, y ama usted como tal. Pero el amor en una cortesana debería ser, como en todas las criaturas degradadas, un medio para ser madre, á despecho de la naturaleza que les castiga con la

infecundidad. Si alguna vez encontrasen bajo la piel del abate Carlos al condenado que yo era antes, ¿sabe usted lo que haría para no comprometer á Luciano?—Ester esperó con una especie de ansiedad.—Pues bien, moriría como los negros, tragándome mi lengua. Y usted, con sus melindres, indica mi huella. ¿Qué le he pedido?... volver á tomar el vestido de la Torpedo por seis meses, por seis semanas, y servirse de él para coger un millón... ¡Luciano no la olvidará nunca! Los hombres no olvidan al ser que se une á su recuerdo por la felicidad que uno goza todas las mañanas al despertarse siempre rico. Luciano vale más que usted... Empezó por amar á Coralia, que se muere, bueno; pero no tenía con qué enterrarla; no hizo como usted hace un instante, no se desmayó, aunque era poeta; escribió seis canciones alegres, y le dieron por ellas trescientos francos, con los cuales pudo pagar el entierro de Coralia. He tenido en mi mano esas canciones, las sé de memoria. Pues bien, conponga usted sus canciones: sea alegre, loca, irresistible, insaciable. ¿Me ha comprendido usted? no me obligue á hablar más... Bese usted á papá. Adiós.

Cuando Europa entró, media hora más tarde, en la habitación de su señora, la encontró ante un crucifijo, arrodillada en la actitud que el más religioso de los pintores ha dado á Moisés ante el matorral de Horeb, para pintar la profunda y completa adoración ante Jehová. Después de haber hecho sus últimas plegarias, Ester renunciaba á su hermosa vida, al honor que se había hecho, á su gloria, á sus virtudes, á su amor. Se levantó.

—¡Oh! señora, ¡nunca estará usted como ahora!—exclamó Prudencia Servien estupefacta ante la sublime belleza de su señora.

Y dió vuelta rápidamente al espejo para que la pobre joven pudiese verse. Sus ojos guardaban aún un reflejo de los esplendores del alma que volaba al cielo. La tez de la judía brillaba. Mojadas de lágrimas absorbidas por el fuego de la plegaria, sus cejas se parecían á un follaje después de una lluvia de verano: el sol del amor puro los brillantaba por última vez. Los labios decían supremas invocaciones á los ángeles, de quienes había recibido, sin duda, la palma del martirio confiándoles su vida sin mancha. Finalmente, tenía la majestad que debió brillar en María Estuardo en el momento en que dijo adiós á su corona, á la tierra y al amor.

—Hubiera querido que Luciano me viese así—dijo ella dejando escapar un suspiro ahogado.—Ahora—repuso con voz vibrante,—*mintamos*.

Al oír aquella palabra, Europa permaneció atontada, como hubiese quedado oyendo blasfemar á un angel.

—Bueno, ¿qué te importa si tengo en la boca clavos de especia en vez de dientes? Ahora yo no soy más que una *ladrona*, una infame é inmunda criatura, una doncella, y espero al señor. Así pues, haz que calienten un baño y dispón mi tocado. Son las doce, el barón vendrá, sin duda, después de la Bolsa, voy á decirle que lo espero, y quiero que Asia disponga una comida excelente, quiero volver loco á ese hombre... Vamos, anda, anda, hija mía... Vamos á reirnos, es decir, vamos á *trabajar*.

Se puso á la mesa y escribió la carta siguiente:

«Amigo mío: si la cocinera que ha enviado usted, no hubiese estado nunca á mi servicio, hubiera podido creer que su intención era hacerme saber las veces que se desmayó usted anteayer al recibir mis tres cartas. ¿Qué quiere usted? estaba muy nerviosa ese día, repasaba los recuerdos de mi deplorable existencia. Pero conozco la sinceridad de Asia, y no me arrepiento de haberle causado alguna pena, toda vez que ha servido para probarme lo querida que le soy. Las criaturas despreciadas somos así: un afecto verdadero nos conmueve más que vernos objeto de gastos locos. En cuanto á mí, siempre he temido ser como la percha donde cuelga usted sus vanidades. Me fastidiaba ser otra cosa para usted. Sí, á pesar de sus hermosas protestas, creía que me tomaba usted por una mujer comprada. Pues bien, ahora me encontrará usted buena muchacha, pero siempre con la condición de obedecerme un poco. Si esta carta puede sustituir para usted á las recetas del médico, me lo probará viniendo á verme después de la Bolsa. Encontrará usted sobre las armas, y adornada con sus regalos, á la que se dice, por toda la vida, su máquina de placer,

»ESTER.»

El barón de Nucingen se mostró en la Bolsa tan alegre, tan contento, tan fácil en apariencia, y se permitió tantas bromas, que Tillet y los Keller, que se encontraban allí, no pudieron menos de preguntarle la razón de su hilaridad.

—Soy amado... Pronto *inauguremos* la casa—le dijo á Tillet.

—¿Cuánto le cuesta?—le preguntó bruscamente Francisco Keller, á quien la señora Colleville le costaba, según decían, veinticinco mil francos al año.

—Nunca me ha pedido un céntimo esa *mujeg*, que es un ángel.

—Eso no se hace nunca—le respondió Tillet.—Es para no tener que pedir nunca nada por lo que tienen tantas tías ó madres.

De la Bolsa á la calle Taitbout, el barón le dijo siete veces á su cochero:

—Va usted muy despacio, fustigue al caballo...

Subió ligeramente, y encontró por primera vez á su querida, hermosa como lo son todas esas muchachas cuya única ocupación es el cuidado de su tocado y de su belleza. Salida del baño, la flor estaba fresca y perfumada, hasta el punto de inspirar deseos á Roberto de Arbrissel. Ester se había hecho un tocado delicioso. Una levita de *reps* negra, adornada con pasamanería de seda rosa, se abría sobre una falda de satín gris; el vestido que se hizo más tarde la hermosa Amigó en *I Puritani*. Una pañoleta de punto de Inglaterra caía graciosamente sobre sus espaldas. Las mangas del vestido estaban punteadas de galones para dividir los afollados que, desde hacía algún tiempo, las mujeres elegantes habían sustituido por las mangas ahuecadas que se habían vuelto monstruosas. Ester había sujetado con un alfiler, en sus magníficos cabellos, un gorro de malinas, llamado *á la loca*, próximo á caer y que no caía, pero que le daba el aire de estar en desorden y mal peinada, aunque se veía perfectamente las rayas blancas de su cabecita entre los surcos de sus cabellos.

—¿No es un honor—dijo Europa al barón abriéndole la puerta del salón—ver á la señora tan hermosa en un salón pasado como éste?

—Pues bien, vengán á la calle Saint-Georges—dijo el barón deteniéndose como un perro ante una perdiz.—El tiempo es magnífico, *daquemos* un paseo por los Campos Eliseos, y la *señoga* Saint-Esteve y Eugenia *llevagán* todos sus vestidos, su *gopa* y la comida á la calle Saint-Georges.

—Haré todo lo que usted quiera—dijo Ester—si quiere usted hacerme el favor de llamar á mi cocinera Asia y á

Eugenia Europa. He nombrado así á todas las mujeres que me han servido, desde las dos primeras que tuve. No me gustan los cambios.

—Asia... *Eugopa*...—repitió el barón echándose á reír.—¡Qué loca es usted!... ¡tiene unas *ocugencias!*... Yo hubiese tenido que *comeg* mucho antes de *llamag* á una *cocinega* Asia.

—Es nuestro estado ser locas—dijo Ester.—¿Acaso una joven no puede hacerse alimentar por Asia y vestirse por Europa, cuando usted vive del mundo entero? ¿Es esto un mito? hay mujeres que se comerían toda la tierra, y yo me contento con la mitad. Eso es todo.

—¡Qué *mujeg* es la *señoga* Saint-Esteve!—se dijo el barón admirando el súbito cambio de los modales de Ester.

—Europa, hija mía, necesito un sombrero—dijo Ester.—Debo tener una capota de satín negro forrada de rosa y guarnecida de encajes.

—La señora Thomas no la ha enviado... Vamos, barón, ¡pronto! ¡levante la pata! empiece su servicio de hombre apenado, es decir, de hombre feliz. ¡La felicidad es pesada!... Tiene usted abajo su coche, vaya á casa de la señora Thomas—dijo Europa al barón.—Hará usted pedir por su criado la capota de la señora Van-Bogseck. Y sobre todo—le dijo al oído,—tráigale el ramo más hermoso que haya en París. Estamos en invierno, procure encontrar flores de los trópicos.

El barón bajó y dijo á su criado:

—A casa de la *señoga* Thomas.

El criado condujo á su señor á casa de una famosa pastelera.

—Es una *vendedoga* de modas, viejo estúpido, y no de *guegalos*—dijo el barón, que corrió al Palais-Royal, á casa de la señora Prevot, donde hizo que le arreglasen un ramo de diez luíses, mientras su criado iba á casa de la famosa vendedora de modas.

Paseándose por París, el observador superficial se pregunta quiénes son los locos que van á comprar las flores fabulosas que adornan la tienda de la ilustre florista y los primores del europeo Chevet, el único, con el Rocher de Cancale, que ofrece una verdadera y deliciosa Revista de Ambos Mundos. Todos los días se encienden en París ciento una pasiones á lo Nucingen, que se prueban con ra-

rezas que las reinas no se atreven á proporcionarse, y que se ofrecen de rodillas á jóvenes que, según la expresión de Asia, *les gusta llamear*. Sin este pequeño detalle, una honrada burguesa no comprendería cómo se derrite una fortuna en las manos de esas criaturas; después de todo, su función social, en el sistema de Fourier, puede que sea reparar las desgracias de la avaricia y de la ambición; sus disipaciones son tal vez al cuerpo social lo que un lancetazo es para el cuerpo pletórico. Nucingen acababa de regar la industria con más de doscientos mil francos.

Cuando el viejo enamorado volvió, la noche se echaba encima, el ramo era inútil. En invierno, la hora de ir á los Campos Eliseos es de dos á cuatro. Pero el coche sirvió á Ester para ir de la calle Taitbout á la de Saint-Georges, donde tomó posesión del *palacito*. Digámoslo, nunca había sido Ester objeto de semejante culto ni de profusiones semejantes; quedó sorprendida, y se guardó bien, como todas esas realidades ingratas, de mostrar el menor asombro. Cuando uno entra en San Pedro de Roma, para haceros apreciar la extensión y la altura de la catedral de las catedrales, le enseñan el dedo mífique de una estatua que tiene no sé qué longitud y que os parece un dedo natural. Ahora bien, han criticado tanto las descripciones, tan necesarias, no obstante, á la historia de nuestras costumbres, que es necesario imitar aquí al *cicerone* romano. Así pues, al entrar en el comedor, el barón no pudo menos de mostrar á Ester las telas de las cortinas de las ventanas, tapizadas con una abundancia real, forradas de muaré blanco y guarnecidas de pasamanería digna del corsé de una princesa real. Aquellas tapices eran una sedería de China donde la paciencia chinesca había sabido pintar los pájaros de Asia con una perfección cuyo modelo sólo existe en las vitelas de la edad media ó en el misal de Carlos V, orgullo de la biblioteca imperial de Viena.

—Ha costado cada vara doscientos mil francos á un lord que las trajo de las Indias...

—Muy bien. ¡Encantador! ¡Qué placer será beber aquí champaña!—dijo Ester.—Al menos, la espuma no caerá en los ladrillos.

—¡Oh! señora—dijo Europa,—pero mire la alfombra.

—¡Como habían dibujado la alfombra *paga* el duque *Doglonia*, mi amigo, que lo encuentra demasiado *cago*, lo he

comprado *paga* usted, que es una *gucina!*—dijo Nucingen mostrando la alfombra.

Por un efecto de la casualidad, aquella alfombra, debida á uno de nuestros más ingeniosos dibujantes, estaba adecuada á los caprichos de la tapicería chinesca. Las paredes habían sido pintadas por Díaz, y representaban deliciosas y voluptuosas escenas, que se destacaban de ébanos esculpidos, adquiridos á precio de oro en casa de Sommerard, y formando cuarterones donde sencillos hilos de oro atraían sobriamente la luz. Ahora podéis juzgar lo demás.

—Ha hecho usted bien en traerme aquí—dijo Ester;—necesitaré ocho días para acostumbrarme á mi casa y no parecer una advenediza.

—¡Mi casa!—repetía alegremente el barón.—¿Acepta usted, pues?

—Sí, mil veces sí, animal estúpido—dijo ella sonriendo.

—Animal bastaba...

—Estúpido es por la caricia—repuso ella sonriéndole.

El pobre cancerbero le tomó una mano á Ester y la llevó al corazón; era bastante animal para sentir, pero demasiado estúpido para encontrar una frase.

—¡Migue usted cómo late!... con una sola palabrita de *tegmuga*...—repuso.

Y condujo á su diosa al dormitorio.

—¡Oh! señora—dijo Eugenia,—no puedo estar ahí, me habla demasiado el corazón.

—Pues bien—dijo Ester,—quiero hacer feliz al mago que opera tales prodigios. Vamos, gran elefante mío, después de la comida iremos juntos al teatro. Tengo ganas de ir al teatro.

Hacia precisamente seis años que Ester no había ido á ningún teatro. Todo París acudía entonces á la Porte-Saint-Martin, para ver una de las piezas á las cuales el poder de los autores comunica una expresión de realidad terrible, *Ricardo de Arlington*. Como todas las naturalezas ingenuas, á Ester le gustaba tanto temblar como abandonarse á las lágrimas de la felicidad.

—Iremos á ver á Federico Lemaitre—dijo ella,—¡adoro á ese actor!

—Es un drama salvaje—dijo Nucingen, que se vió obligado en un momento á perder la vergüenza.

El barón envió á su criado á tomar uno de los palcos de

proscenio. ¡Otra originalidad parisiense! Cuando el Éxito, de pies de arcilla, llena una sala, hay siempre un palco de proscenio por vender diez minutos antes de levantarse el telón; los directores lo guardan para ellos cuando no se presenta á comprarlo una pasión á lo Nucingen. Ese palco es, como el primor de Chevet, el impuesto sacado á los caprichos del Olimpo parisiense.

Es inútil hablar del servicio. Había tres servicios: el servicio pequeño, el mediano y el grande. Los póstres del gran servicio eran platos y bandejas de plata sobredorada esculpida. El banquero, para que no pareciese que quería hundir la mesa con valores de oro y de plata, había unido á todos aquellos servicios una deliciosa porcelana de la más encantadora fragilidad, género Sajonia, y que costaba más que un servicio de plata. Respecto á los manteles, las telas de Sajonia, de Inglaterra, de Flandes y de Francia rivalizaban en coquetería con sus flores adamascadas.

En la comida, fué el barón el que se sorprendió al probar la cocina de Asia.

—Comprendo—dijo—*pog* qué la llama usted Asia: es una cocina asiática.

—¡Ah! empiezo á creer que me ama—dijo Ester á Europa—ha dicho algo que se parece á una frase.

—Tengo muchas—dijo el banquero.

—¡Es más Turcaret de lo que dicen!—exclamó la risueña cortesana ante aquella respuesta digna de las candidices célebres escapadas al banquero.

La comida había sido hecha para dar una indigestión al barón, á fin de que se fuese á su casa temprano: y aquello fué lo único que sacó en materia de placer de su primera entrevista con Ester. En el teatro se vió obligado á beber un número infinito de vasos de agua azucarada, dejando á Ester sola durante los entreactos. Por un encuentro tan previsto que no podría llamarse casual, Tulia, Marieta y la señora de Val-Noble estaban aquel día en el teatro. *Ricardo de Arlington* fué uno de esos éxitos locos, y merecidos por otra parte, como no se ven más que en París. Al ver aquel drama, todos los hombres concebían que se pudiese arrojar á la mujer legítima por la ventana, y todas las mujeres querían verse victimadas injustamente. Las mujeres se decían: «Es demasiado fuerte, nosotras sólo somos empujadas... pero eso nos sucede con frecuencia...» Ahora bien, una criatura

de la belleza de Ester, y vestida como iba ella, no podía *llamear* impunemente en el proscenio de la Porte-Saint-Martin. Así pues, desde el segundo acto, hubo en el palco de las dos bailarinas una especie de revolución causada por la comprobación de la identidad de la hermosa desconocida con la Torpedo.

—¿De dónde sale?—dijo Marieta á la señora de Val-Noble—la creía ahogada...

—¿Es ella? me parece treinta y siete veces más hermosa y más joven que hace seis años.

—Puede que se haya conservado en el hielo, como la señora de Espard y la señora Zayonchek—dijo el conde de Brambourg.

Aquel advenedizo había acompañado á las tres mujeres al teatro, á un palco de plata.

—¿No es la gata que quería usted enviarme para engatusar á mi tío?—dijo Felipe á Tulia.

—Precisamente—respondió Tulia.—Bruel, vaya usted á la orquesta para ver si es ella.

—*Se peina ella!*—exclamó la señora de Val-Noble sirviéndose de una admirable expresión del vocabulario de las entretenidas.

—¡Oh!—dijo el conde de Brambourg—tiene derecho á ello, pues está con mi amigo el barón de Nucingen. Voy allá.

—¿Es acaso esa pretendida Juana de Arco que ha conquistado á Nucingen y con la que nos da *la lata* desde hace tres meses?—dijo Marieta.

—Buenas noches, querido barón—dijo Felipe Bridau entrando en el palco de Ester.—¿Ya está usted casado con la señorita Ester?... Señorita, soy un pobre oficial á quien debía usted sacar antaño de un mal paso, en Issoudun... Felipe Bridau...

—No le conozco—dijo Ester recorriendo con los gemelos toda la sala.

—La *señoguita*—respondió el barón—no se llama ya *Esteg* á secas; se llama la *señoga* de Champy, una pequeña *tiegga* que le he comprado...

—Si hace usted bien las cosas—dijo el conde,—esas señoras dicen que la señora Champy *se peina sola*... Si no quiere usted acordarse de mí, ¿se dignará reconocer á Marieta, á Tulia y á la señora de Val-Noble?—dijo el coronel, que estaba en favor con el Delfín.